

Algunos relatos: "El hambre de los muertos"

Samuel Linares



Image not found.

Capítulo 1

El hambre de los muertos.

si alguien me hubiera preguntado quién era, qué hacía en aquel bar y qué día era, me hubiera quedado completamente en blanco. de mis labios no hubiera salido más que un tartamudo suspiro incomprensible y mis ojos hubieran fijado la vista en el vaso en el que mis manos se entrelazaban.

afortunadamente, nadie nunca me preguntó eso. así que pude desvivir mi existencia sin planteármela, sin pensar, arrastrándome por los bares con aromas de perfumes nauseabundos y por las calles más estrechas y grises.

si alguien me hubiera preguntado cuándo empecé a vivir de esa manera, me hubiera despedido de él con un saludo cordial y amistoso y hubiera entrado en la primera licorería para comprar una botella y beber en el silencio de los arcones de la autopista.

fue el tiempo el que sin palabra alguna me planteó esa cuestión con sarcasmo en la mirada y una sonrisa bobalicona. cuando por las noches el dependiente de la licorería me veía, sonreía con vehemencia y me saludaba moviendo el brazo exageradamente, sonriendo y mostrándome todos sus dientes, tan limpios y cuidados. y yo le devolvía el saludo sin indiferencia pero sin entusiasmo. era su mejor cliente. solía verlo por las noches, algunas mañanas quizá. compraba una pinta de whiskey y me iba debajo del muelle en el puerto. admiraba el sabor amargo del mar cuando bajaba por mi garganta, su ardor divino, su aroma salobre, sus enfermedades y suciedad, su carácter ebrio que me contagiaba, la marea

que subía y volvía a bajar violentamente, mientras yo intentaba que no se desbordara y saliera fuera de mi cuerpo.

contemplaba la luz del faro con enamorados ocelos, porque hacía que en el mar parecieran flotar millares de perlas brillantes y hermosas.

una noche especialmente triste en la que me encontraba sobrio y sentado en la arena, con la cabeza apoyada en las maderas podridas por el aire salino, contemplaba el mar todo lo desnudo que podía estar. no había dinero en mi bolsillo e incluso diríase que estaba llorando. una brisa apuntaba en dirección a la ciudad de la que yo me sentía exiliado, pero yo advertía todo ese calor, ese ardor que el sol desprendía incluso cuando no brillaba. el sudor resplandecía en mi cuerpo dándome un aspecto insano y sucio.

me levanté y caminé tambaleándome hasta la orilla. contemple el reflejo de la luna en el mar y no sentí nada. me dejé caer sobre las negras aguas con los brazos extendidos, sentí el frío y los movimientos ligeros chocando con mi ropa. aguanté todo lo que pude la respiración y un estúpido impulso me obligó a levantar la cabeza. miré las perlas del mar, brillantes, y lejos estaban de ser hermosas. ¡Lejos! ¡Parecía que a mil animales por disecar les hubieran arrancado los ojos y allí los hubieran tirado, para que sus miradas estuvieran perdidas eternamente!

entonces escuché los gritos que me sacaron de golpe de mi sobriedad. distinguía la voz de una mujer, jovial. imaginé al instante su semblante radiante y enfadado, sus mandíbulas abriéndose y cerrándose con furia y hostilidad. también distinguí los ladridos de un hombre algo más mayor, más condescendiente que irritado.

un deseo junto a un aburrimiento y una sobriedad que se casaban con mi tristeza me empujaron a levantarme de la orilla y buscar a los individuos que habían alterado mi clímax. no me importaron las piernas pesadas ni los ojos cansados, me arrastré hasta una duna que separaba el

puerto de la playa y los observé en la noche, iluminados tan sólo por la ocasional luz del faro y por la luna.

efectivamente, discutían. el hombre llevaba una botella en la mano y de cuando en cuando bebía. parecía vino. me acerqué un poco más, donde no pudieran verme pero yo si pudiera verlos a ellos.

-¡No puedo creer que lo hayas hecho! ¡No puedo creerlo! – gritaba la mujer. - ¡Me prometiste que esperarías! ¡Cómo has podido! – rabiaba.

-Llevas toda la noche...

-¡Llevo toda la maldita noche repitiendo lo mismo porque lo mismo has hecho otra vez!

el hombre tiró la botella al suelo, y se llevó la mano a la cabeza. se giró y respiró hondo.

-Lo siento. Perdóname.

ella le miro, y pude apreciar su tez radiante.

-Tu palabra no vale nada...

-Era sólo uno de tantos, querida. Sólo un juguete más, sólo era carne. Insulsa además. Sabes que no como igual sin ti, pero entiéndelo; estaba famélico.

-¿Qué es lo que sé? Dime qué debo saber, dime porqué hay algo que yo deba saber ahora mismo y no lo sepa. – algunas lágrimas se precipitaban en sus gritos, enmudeciendo en una hermosa paradoja su gesto.

-Sabes que te quiero.

-Yo no sé nada.

me helé tanto como él cuando ella sacó un revólver del bolso tan negro como la noche que llevaba colgado en el brazo.

-Mírame. – pronunció seca pero nerviosamente. – Mírame y dime algo que sea verdad.

el hombre la miró durante unos segundos, nervioso, sin saber qué hacer exactamente.

-¡Dime una verdad! – espetó.

pude adivinar el brillo de una gota de sudor resbalando por su mejilla izquierda, nervioso, y que se colaba por el cuello de su camisa. tartamudeó algo ininteligible y las manos de la mujer temblaron. durante todo el tiempo él la estuvo mirando, sosteniendo una mirada corrosiva y tensa como un huevo en la cabeza, pero finalmente algún impulso suicida le llevó a bajar la guardia. sus ojos miraron hacia el suelo, hacia los zapatos desnudos de aquella violenta Lady Macbeth, envueltos en la arena. aquello fue suficiente.

no había una manera más poética de llamarlo; era un disparo, un disparo que como un fuego ella había encendido, un disparo que le atravesaba a él, a mí, y, finalmente, a ella. un disparo. cayó redondo sobre la arena. un reguero de sangre a presión en un alocado frenesí, como un escupitajo de la vida, cayó con aplomado peso sobre las dunas en miniatura que un viento esculpió. ahora se veían mermadas por una sangre que nadie recordaría jamás. ella bajó el arma y se quedó mirándole unos minutos. su mirada engañaba a la perdición sin darse cuenta de que inevitablemente se perdía en los pocos metros de distancia entre ella y su otrora vivo compañero en la triste velada. yo me dejé caer de rodillas, rendido, escuchando la música de la barraca que se divertía ciega y sorda ante el crimen.

me sentía nervioso sin levantarme y sin aliento, allí mismo, y, de nuevo, si alguien me hubiera preguntado, no hubiera sabido responder ante mis actos; pues me quedé observándola. la observaba con total paciencia, observaba atentamente su mirada y comencé a ignorar hacia dónde se dirigía la misma. olvidé el cadáver y el arma. olvidé la sangre. sólo quedaba la pasión, igual que la marea, bajando sin detenerse para perderse en algún rincón.

-Ahora ya sabes qué tienes que hacer. - dijo en voz alta, mirando el cuerpo.

después me miró de súbito. se dirigía a mí, me había visto. el frío se apoderó de mí, congelando incluso mis pensamientos. imaginé instintivamente un funeral sombrío, en el que ella y yo, tan sólo nosotros dos, estábamos vestidos de blanco con un babero y un tenedor cada uno en torno a su tumba. en mi imaginación yo le preguntaba: "¿Es ésta la forma adecuada de vestir para un funeral?" y a la vez que en mi quimera, ella respondía en la turbia realidad:

-Él lo merecía.

sus palabras estuvieron acompañadas por la calidez que derritió la escultura de hielo en la que me había convertido.

-Acércate. - me pidió más que me ordenó, sin apuntarme.

¡Maldita mi existencia!, pues así lo hice.

-Ocúpate del cadáver.

antes de bajar la mirada y ver el objeto que me entregaba, me tomé el tiempo suficiente para grabar como en un daguerrotipo su rostro, en el cual todavía no me había fijado y que sería imposible describir, contar como un cuento o como un relato que un mediocre escritor estuviera tiznando en el papel. eran unos ojos que parecían sensibles a todo, tan heridos y vulnerables que una simple caricia sirviera de puñalada, y como en el asesinato que acababa de proferir se cerraran mirando a la tumba. su labio superior temblaba como las alas de una mosca atrapada en la miel, en su dulzor. miré sus manos sucias puestas con firmeza sobre el revólver aún caliente que me entregaba cogido por la culata.

-Por favor. – me repitió casi implorándome. – Yo no puedo hacerlo.

¿cómo podía ocuparse un muerto de otro muerto?

-Necesito tu ayuda.

ignoraba su historia, su razón. no sabía qué hacía allí y porqué había matado a su acompañante.

-Jamás volveré a pedírtela.

sus palabras y su mirada eran lo único que tenía en ese instante.

-Jamás volveré a ocuparme yo de ningún cadáver.

trataba de convencerme.

-Jamás volverás a ocuparte tú de ningún cadáver.

me convenció.

cogí el objeto entre mis manos, imaginando que era una vela. soplé y la llama se apagó. cumplí con mi palabra y volví en silencio a la licorería, con la vela derritiendo su cuerpo de cera, formando gotas blanquecinas y ardientes. observé las botellas, todas parecían vacías. observé al dependiente y el hambre despertó en mi estómago y comenzó a cavar un vacío. pensé en la mujer y en como un muerto podía reconocer a otro muerto. el dependiente me miró y me saludó con vehemencia. abrí la puerta, la boca se me hacía agua. estaba dispuesto a responder. había recordado quién era. tenía hambre. me acerqué a él, lentamente, dispuesto a cenar, pero disparó antes de darme cuenta de que yo no estaba muerto y de que él tampoco lo estaba. pude sentir el calor de la lumbre encendida hasta que él, tan sonriente, dio el último bocado ensuciándose esa cuidada dentadura.